

O morir ó ser muerto.

("El Correo", Valencia, 3 julio 1900).

## O morir ó ser muerto

Sin embargo es inevitable, los médicos dependen á uno de estos dos extremos: ó dejar morir al paciente por temor á matarle, ó matarle por temor de que se les muera. Y fíjense ustedes en que subrayo el *les*, yo que soy de los que no subrayan, porque si á ello fuera tendría que mandar que compongan mis artículos en letra cursiva, tan intencionado soy. O todo ó nada; tal es mi regla en esto de los subrayamientos. Y si ahora la derogo es tan sólo para confirmarla con una excepción.

Hay médicos, en efecto, que todo son precauciones y temores y pusilanimidades. Que no le dé el aire al paciente, evitando sus corrientes y correspondencias, que no ande al sol, que se abrigue bien, que no cometa imprudencia alguna, y nada de procedimientos enérgicos ni de medicación heroica, porque esas son precipitaciones de jóvenes inexpertos. A esto último hay que hacer notar que según el principio de dualidad, tan fecundo en geometría—y ¡qué no es geometría!,—la proposición de que la vejez da experiencia, trae como correlativa esta otra: la experiencia se avieja.

Conoci un pobre enfermo, por lo tanto, que se murió de falta de aire, de luz y de movimiento. El médico temía matarle si le medicaba con vigor, y todo se le volvía agua de malvas, cerato simple y pastillas de goma elástica. Cuando le administraba algún compuesto de esos que levantan roncha, era un escrúpulo diluido en un tonel de agua. Por miedo á matarle dejó morir al enfermo. Era un médico conservador.

Otros hay que, á pesar de eso, llenos de fe en su propia ciencia ó en su propia ignorancia, que para el caso de que tratamos es igual, acuden al punto á remedios heroicos, pronunciando que hay que tentar un último esfuerzo, á vida ó muerte. Son, como dicen algunos distinguidos charlatanes de plazuela, de los que le cortarían á uno la cabeza para curarle de la jaqueca, en vez de cortarle la jaqueca para curarle de la cabeza. (Aquí vuelve el principio de dualidad). Por temor á que el enfermo se les muera, le matan. Estos son médicos revolucionarios.





He aquí, por el contrario, por qué digo que los médicos propenden, y por fuerza han de propender, á uno de estos dos extremos: ó dejar morir al enfermo por temor á matarle, ó matarle por temor de que se les muera. (Insistir en subrayar sería llamarle torpe al lector).

Fían los conservadores en la *virtus medica-  
tria natura*, dejando que obre la naturaleza, Pero hay que tener en cuenta que la naturaleza cuando obra al natural es de fiar, pero no cuando lo hace por prescripción facultativa. Es muy vengativa, sin embargo, y basta que el médico la recete para que se convierta en droga de la peor farmacopea, haciendo una de las suyas. Y así suele salir ello, como Dios quiere.

Ruego aquí, en efecto, al lector piadoso que se pare en el curiosísimo dato—porque es un dato, no cabe duda—de que el casticísimo giro de «salir algo como Dios quiere» (lo pongo entre comillas por no subrayarlo) significa en castellano corriente y moliente salir mal algo, luego... y no vayamos á aquella expresión tan profundamente panteística de «todo Dios sabe...» verbí gracia. ¡Oh, el lenguaje tapa muchas ideas!

Los médicos revolucionarios, de consiguien-  
te, fían en el poder de la ciencia, y hace esta infeliz una barrabasada. Y así vivimos todos sometidos á este dilema desde que Adán pecó y Caín curó á Abel de la vida: ó nos dejan morir ó nos matan. No hay escape, ó me muero ó me matan, proposición que cabe convertirla en esta otra: ó me mato ó me mueren. Porque hay muchos, en cambio, que se suicidan porque no les mueran sus prójimos.

Cierto que entre esos dos extremos está el tan ponderado término medio, en el que dicen que consiste la virtud, pero siendo como es esta virtud mediana, como el péndulo, oscilante, no hay que fiarse mucho de ella. El médico oportunista ó evolucionista, el del justo medio, una vez tira á matar para que el enfermo no se le muera, y á renglón seguido tira á dejarle morir por no matarle, es el suyo un sistema ecléctico que entrevera los otros dos, ó sincretico que los funde. Es decir, que á la vez que le deja morir le mata.

Y la verdad es que con unas y otras cosas, entre médicos conservadores que nada quieren



0 morir o ser muerto.



violento ni precipitado, médicos revolucionarios que lo cortan todo por lo sano y sólo esperan de los heroicos sacrificios, y médicos oportunistas que conservan la violencia y violentan la conservación, no sabe uno a qué carta quedarse. Porque inmortal no hay más que el cangrejo, según el Papamoscas.

«Y bien—dirá el cándido lector al leer todo esto,—¿qué es lo que con tanta elucubración nos aconsejas?» Que puesto que nos han de dejar morir ó han de matarnos los médicos, nos muramos sencillamente, sin complicidad ajena, á la buena de Dios. Que se muera cada uno, cuando le llegue su hora, por sí y ante sí, espontáneamente, y si puede ser á gusto, miel sobre hojuelas. Porque tan malo es que le mueran á uno como que él se mate.

A pesar de todo lo cual no faltará lector avisado que teniendo en cuenta mi nunca desmentida seriedad y la sustancia de que dicen que relleno mis escritos, se dirá al leer ésto: «¿Qué es lo que quiere decir con todo esto? Porque aquí hay simbolismo, no cabe duda. Unamuno es un simbolista. A mi largo entender nos ha querido decir aquí una vieja verdad hoy muy en boga: que el mejor gobierno es ninguno. Puesto que nos hemos de morir tarde ó temprano, murámonos sencillamente.»

Puede ser, puede muy bien ser que haya sido eso lo que he querido decir, si es que he querido decir algo. Lo pensaré.

Miguel de Unamuno.

